

La llamada de lo salvaje

Jack London



letraherido

l

La llamada de lo salvaje

Jack London

Traducción
de
Miguel A. Álvarez

Letraherido



Primera edición: septiembre de 2022
Título original: *The call of the wild*
Publicado por primera por Macmillan en 1903
© de la traducción: Miguel A. Álvarez, 2022
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2022
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001
www.editorialletraherido.com
ISBN: 978-1096692768
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.
Imagen de la cubierta: *Howling moon wolf*, E.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

La llamada de lo salvaje

*Antiguas añoranzas de vida nómada,
luchando contra las cadenas de la costumbre;
De nuevo de la ensoñadora bruma
despierta el indómito nervio.*

Hacia lo primitivo

Buck no leía los periódicos, de lo contrario habría sabido el peligro que lo acechaba, no sólo a él, sino a todos los perros amigos del agua, de musculatura poderosa y pelo largo y caliente, desde Puget Sound a San Diego. Porque los hombres, sondando en la oscuridad del Ártico, habían encontrado un metal amarillo, y porque las compañías navieras y de transportes estaban explotando el hallazgo, miles de hombres se dirigían hacia el Norte. Estos hombres querían perros, y los perros que querían eran perros grandes, con músculos fuertes que les permitieran trabajar duro y piel gruesa que los protegiera del frío.

Buck vivía en una casa grande en el soleado valle de Santa Clara, conocida como la casa del Juez Miller. Estaba apartada de la carretera, medio escondida entre los árboles, a través de los cuales se podía atisbar la galería ancha y fresca que bordeaba sus cuatro paredes. A la casa se accedía por varios caminos de grava que se extendían por amplios jardines y pasaban por debajo de las ramas entrelazadas de los álamos. La parte trasera era todavía más espaciosa que la delantera. Tenía unos establos estupendos donde trabajaban una docena de mozos de cuadra, las enredaderas trepaban por las casitas del servicio, una serie infinita y ordenada de cabañas, a partir de las cuales se extendían largos viñedos, jardines verdes, huertas y campos de bayas. Un poco más allá estaba la bomba de agua y el gran tanque de cemento donde los hijos del Juez Miller se bañaban por la mañana y se refrescaban en las tardes calurosas.

Y Buck gobernaba sobre ese territorio. Aquí había nacido y aquí había vivido los cuatro años que tenía de vida. Era cierto, había otros perros. No podía sino haber otros perros en un lugar tan amplio, pero no contaban para nada. Iban y venían, moraban en las atestadas perreras o vivían subrepticamente en los escondrijos de las casas como Toots, el caniche japonés, o Isabel, la perra mexicana sin pelo, -extrañas criaturas que rara vez asomaban la nariz por la puerta o pisaban la calle-. También estaban los fox terriers, había un montón de ellos, que lanzaban a Toots e Isabel ladridos amenazadores a través de las ventas, protegidos por una legión de amas de casa armadas con escobas y mopas.

Pero Buck no era ni perro casero ni de perrera. Todo el reino le pertenecía. Se bañaba en la piscina e iba a cazar con los hijos del juez; solía acompañar a Mollie y Alice, las hijas del juez, a pasear por la mañana y al atardecer; en las noches de invierno se tumbaba a los pies del juez frente al fuego crepitante de la librería; llevaba a los nietos del juez a lomos o los arrastraba sobre la hierba, y vigilaba sus pasos durante sus aventuras salvajes alrededor de la fuente del patio del establo, y todavía más allá, por las caballerizas y los campos de bayas. Entre los terriers se paseaba majestuosamente, e ignoraba completamente a Toots e Isabel, porque él era el rey, -rey sobre todas las criaturas que se arrastraban, reptaban o volaban por la casa del Juez Miller, seres humanos incluidos.

Su padre, Elmo, un san bernardo inmenso, había sido el compañero inseparable del juez, y Buck llevaba camino de seguir los pasos de su padre. Él no era tan grande, solamente pesaba sesenta y tres kilos, porque su madre, Shep, había sido una pastora escocesa. En cualquier caso, sesenta y tres kilos, a los que había que añadir la dignidad asociada a la buena vida y al respeto universal, le permitían pasearse como un soberano. Durante los cuatro años que habían transcurrido desde que era cachorro, había vivido como un marqués; se sentía orgulloso de sí mismo, incluso tenía una vena egoísta, común a todos los caballeros del campo debido a su situación de aislamiento. Pero no había llegado a convertirse en un malcriado perro doméstico. La caza y otros placeres de la vida al aire libre le había mantenido delgado y habían

endurecido sus músculos; para él, como para todas las personas aficionadas a las duchas frías, el amor al agua había sido el tónico que había preservado su salud.

Y este era el tipo de perro que Buck era en el otoño de 1897, cuando los hallazgos en Klondike atrajeron a hombres de todas partes del mundo hacia el helado norte. Pero Buck no leía los periódicos, y no tenía ni idea de que Manuel, uno de los jardineros, era una compañía poco recomendable. Manuel tenía un vicio incurable. Le gustaba jugar, a la lotería china. Igualmente, a la hora de apostar, tenía una debilidad fatal: fe en un sistema, y eso fue su perdición. Porque para apostar siguiendo un sistema se necesita dinero y el salario de un jardinero apenas alcanzaba para cubrir las necesidades de una mujer y una progenie numerosa.

En la infausta noche en que Manuel cometió su traición, el juez se encontraba en una reunión de la Asociación de Agricultores de Pasas y los chicos estaban ocupados organizando un club atlético. Nadie lo vio salir a través de los huertos con Buck, en lo que Buck pensó que era un simple paseo. Y a excepción de un paseante solitario, nadie los vio llegar a la pequeña parada de ferrocarriles conocida como College Park. Un hombre habló con Manuel y el dinero cambió de manos.

-Podrías envolver la mercancía antes de entregarla -dijo secamente el desconocido, y Manuel anudó un trozo de cuerda gruesa alrededor del cuello de Buck debajo del collar.

-Sólo tienes que tirar para cortar la respiración -dijo Manuel y el desconocido asintió con un gruñido.

Buck había aceptado la cuerda con silenciosa dignidad. A todas luces, aquello era algo fuera de lugar, pero estaba acostumbrado a confiar en los hombres que conocía, y reconocer que poseían una inteligencia que superaba con creces la suya. Pero cuando el desconocido asió el extremo de la cuerda, rugió amenazadoramente. Sencillamente se había limitado a transmitir su disgusto, creyendo orgullosamente que transmitir equivalía a mandar. Pero para su sorpresa la cuerda se tensó alrededor de su cuello, cortando su respiración. En un acceso de cólera se lanzó contra el hombre que a medio camino lo aga-

rró por la garganta y con un movimiento diestro lo arrojó de espaldas al suelo. Entonces la cuerda se tensó sin piedad, mientras Buck luchaba furiosamente, su lengua colgaba fuera de la boca y su enorme pecho resollaba futilmente. Nunca jamás a lo largo de su vida había sido tratado tan violentamente, y nunca jamás a lo largo de su vida había estado tan enfadado. Pero su fuerza se extinguió, sus ojos se nublaron y ni siquiera se enteró cuando los dos hombres lo arrojaron a un vagón de carga y el tren recibió la señal de partir.

Cuando volvió en sí, lo primero que percibió fue el resquemor en la lengua. Había sido víctima de algún tipo de negocio sucio. El ronco silbido de la locomotora en movimiento le dijo dónde estaba. Había viajado suficientemente con el juez para conocer la sensación de viajar en un vagón de carga. Abrió los ojos y lo embargó el terror incontrolable de haber sido raptado. El desconocido se lanzó a por su garganta, pero Buck fue más rápido. Sus mandíbulas se cerraron sobre su mano y no se aflojaron hasta que nuevamente se desmayó por falta de aire.

-Parece que tiene temperamento -dijo el desconocido, ocultando la mano magullada de la vista del mozo de carga, quien había acudido al escuchar ruido de pelea-. El jefe me manda llevarlos a Frisco. Allí hay un fenómeno de veterinario que piensa que los puede curar.

Durante esa noche el hombre habló largo y tendido sobre sí mismo, en un pequeño reservado al fondo de una cantina de la costa de San Francisco.

-Todo lo que saco son cincuenta por cabeza -murmuró-. Y no lo volvería a hacer por mil, dinero en mano.

Tenía la mano vendada con un pañuelo ensangrentado, y la pernera derecha del pantalón estaba hecha jirones desde la rodilla al tobillo.

-¿Cuánto saca el otro? -preguntó el camarero de la cantina.

-Cien -fue la respuesta-. Y no va a perdonar ni un céntimo, es lo que hay.

-En total son ciento cincuenta -el camarero calculó-. Y a fe que lo vale, si sé de lo que hablo.

El secuestrador se quitó el vendaje ensangrentado y contempló su mano lacerada.

-Sólo me faltaba coger la rabia ...

-Uno no puede escapar de su destino -el camarero rio. Añadió:-
Ven, échame una mano antes de que te vayas.

Abrumado, víctima de un dolor intolerable en la garganta y la lengua, con la poca vida que le quedaba dentro, Buck intentó enfrentarse a sus torturadores. Pero lo arrojaron al suelo y lo asfixiaron una y otra vez, hasta que consiguieron quitarle el pesado collar de latón del cuello. Luego le quitaron la cuerda y lo lanzaron dentro de una especie de jaula.

Allí permaneció durante el resto de aquella noche estresante, consumido por la ira, tragándose su orgullo humillado. No tenía ni idea de qué significaba todo aquello. ¿Qué querían hacer con él, esos desconocidos? ¿Por qué lo mantenían preso en esa caja estrecha? No tenía respuesta a las preguntas, pero se sentía oprimido por una vaga sensación de calamidad inminente. A lo largo de la noche se puso en pie varias veces cuando sintió que la puerta del cobertizo se abría, esperando ver aparecer al juez, o al menos a los chicos. Pero en cada ocasión contempló la hinchada cara del camarero que venía a vigilarlo, ayudado por la pobre luz de una vela de cera. Y en cada ocasión el ladrido alegre que se formaba en la garganta de Buck se transformó en un gruñido salvaje.

El camarero acabó por olvidarse de él, por la mañana cuatro hombres entraron al cobertizo y cogieron la caja. Más torturadores, pensó Buck, porque se trataba de gente de aspecto malvado, desastroso y desaliñado; y se lanzó violentamente a por ellos chocando contra los barrotes. Los hombres se limitaron a reír y a mostrar los palos que él rápidamente atacó con los dientes hasta que se dio cuenta de que eso era exactamente lo que ellos querían. A continuación se tumbó a regañadientes en el suelo y dejó que colocaran la caja en otro vagón. En ese momento, tanto él como la caja en la que estaba prisionero, empezaron a pasar de unas manos a otras. Dependientes del servicio de correos se ocuparon de él; lo trasladaron a otro vagón; un camión cargado con un surtido de cajas y paquetes se lo llevó a un vapor; del vapor lo descargaron en un gran depósito ferroviario y finalmente lo lanzaron a otro vagón de carga.

Durante dos días y dos noches este vagón de carga se arrastró detrás de locomotoras silbantes; y durante dos días y dos noches Buck ni comió ni bebió. Presa de la ira había respondido a las apariciones de los operarios del mercancías con gruñidos, y ellos se habían vengado burlándose de él. Cuando se lanzaba contra los barrotes temblando y echando espuma por la boca, ellos se reían y mofaban de él. Gruñían y ladraban como perros pulgosos, maullaban, agitaban los brazos y piaban. Todo aquello era muy tonto, lo sabía; y por lo tanto más ofensivo a su dignidad, y su ira aumentaba y aumentaba. No le molestaba tanto el hambre, pero la falta de agua le causaba un sufrimiento terrible que espoleó su cólera hasta el infinito. A ese respecto, de temperamento fuerte y natural caprichoso, aquel ultraje había despertado su rabia, incrementada por la inflamación de la garganta ulcerada y la lengua hinchada.

Sólo tenía un motivo de alegría: le habían quitado la cuerda del cuello. Eso le daba cierta ventaja, una vez libre de ella iba a cobrarse venganza. Jamás volverían a atreverse a poner otra cuerda alrededor de su cuello. De eso estaba más que seguro. Durante dos días y dos noche ni comió ni bebió, y durante esos dos días y noches de tortura acumuló un fondo de cólera que presagiaba dolor para el primero que se cruzara en su camino. Se metamorfoseó en una criatura diabólica, con los ojos inyectados en sangre. Tan cambiado estaba que ni el mismísimo juez lo hubiese reconocido; los operarios del mercancías respiraron aliviados cuando lo descargaron en Seattle.

Cuatro hombres transportaron cautelosamente la caja desde el vagón a un pequeño patio trasero de paredes altas. Un hombre robusto, con un jersey rojo de cuello holgado, firmó el albarán de entrega al conductor. Buck adivinó que se trataba de su siguiente torturador y arremetió violentamente contra los barrotes. El hombre sonrió sombríamente y cogió una pala y una porra.

-¿No irás a soltarlo ahora? -preguntó el conductor.

-¿Por qué no? -replicó el hombre, haciendo palanca con la pala en la puerta de la caja.

Inmediatamente los cuatro hombres que lo habían traído desaparecieron en estampida, y se dispusieron a contemplar el espectáculo encaramados a salvo en lo alto de las paredes.

Buck atacó la madera astillada, hundiendo los dientes en ella, zarrandeándola y luchando con ella. A donde quiera que se dirigiera la pala en el exterior, respondía con un movimiento simétrico en el interior, gruñendo y rugiendo, intentando salir tan furiosamente como el hombre del jersey rojo intentaba tranquilamente sacarlo.

-Vamos, bestia endemoniada -dijo el hombre después de hacer un hueco lo suficientemente grande para el cuerpo de Buck. Al mismo tiempo tiró la pala y pasó la porra a su diestra.

Buck se comportaba como una verdadera bestia endemoniada, mientras tomaba impulso para atacar. Con el pelo erizado, espuma en la boca y los ojos demenciales inyectados en sangre, lanzó sus sesenta y tres kilos de furia directamente contra el hombre, excitado por la reprimida pasión de dos días y noches. En el aire, cuando sus mandíbulas estaban a punto de morder al hombre, recibió un golpe que paralizó su cuerpo y sus dientes se cerraron en un mordisco impotente. Giró sobre sí mismo, cayendo de espalda y costado al suelo. Nunca antes en su vida había sido golpeado con una porra, no era capaz de comprender. Con un gruñido mitad ladrido y mitad grito se puso de nuevo en pie y saltó por los aires. Y otra vez recibió un golpe que lo mandó violentamente al suelo. Esta vez fue consciente de que se trataba de la porra, pero su locura era ajena a cualquier sentido de la precaución. Atacó una docena de veces y otras tantas la porra detuvo su ataque y lo derribó al suelo.

Después de un golpe especialmente fuerte, se arrastró por el suelo demasiado aturrido para volver a cargar. Se tambaleó torpemente por el patio, la sangre brotaba de su nariz, boca y orejas, su precioso pelaje estaba salpicado con manchas de sangre y saliva. En ese momento el hombre se acercó a él y le propinó un terrible golpe en la nariz a sangre fría. Todo el dolor que había sentido hasta ese momento fue nada comparado con la delicada agonía de ese golpe. Con un rugido tan feroz como el de un león se lanzó de nuevo contra el hombre. Pero el hombre, pasando la porra de la diestra a la siniestra, le atrapó con maestría por debajo de la quijada, girando la porra hacia abajo y hacia atrás. Buck describió un círculo completo en el aire, y luego otro medio antes de dar con la cabeza y el pecho en el suelo.

Atacó por última vez. El hombre respondió con el ladino golpe que llevaba preparando cuidadosamente desde el principio, y Buck se desmoronó en el suelo completamente inconsciente.

-Parece que el hombre sabe enseñar modales a los perros -gritó con entusiasmo uno de los hombres desde lo alto del muro.

-Más vale prevenir que lamentar -fue la respuesta del conductor mientras regresaba al vagón a ocuparse de los caballos.

Buck recuperó la consciencia, pero no la fuerza. Yacía allí donde había caído, y desde allí contemplaba al hombre del jersey rojo.

-Responde al nombre de Buck -monologó el hombre, citando la carta del camarero en la cual anunciaba el envío de la caja y su contenido-. Bien, Buck, hijo mío -prosiguió en un tono amistoso-. Ya hemos tenido nuestro pequeño encontronazo, y lo mejor que podemos hacer es olvidarlo cuanto antes. Tu has aprendido tu lugar, y yo conozco el mío. Sé un perro bueno y todo irá como la seda. Sé un perro malo y te molere a porrazos. ¿Entendido?

Mientras hablaba acariciaba temerariamente la misma cabeza que había estado atizando minutos antes sin piedad, y aunque los pelos de Buck se erizaron involuntariamente al contacto de la mano, toleró sus caricias sin protestar. Cuando el hombre le trajo agua, bebió ansiosamente, y después devoró una generosa ración de carne cruda, mordisco a mordisco, de la mano del hombre.

Le habían vencido, no podía negarlo; pero no le habían roto. Entendió para siempre que no tenía ninguna oportunidad contra el hombre de la porra. Había aprendido la lección, y nunca la olvidaría durante el resto de su vida. Esa porra había sido una revelación. Fue su introducción al reino de las leyes primitivas, y aceptó la introducción a su pesar. Los hechos de la vida asumieron un aspecto más feroz; y mientras contemplaba aquel aspecto intimidatorio toda la astucia latente de su naturaleza despertó. A medida que pasaban los días llegaron otros perros, en cajas y atados con cuerdas, algunos dócilmente, y otros gruñendo y furiosos como él había llegado; y, de el primero al último, todos se sometieron a la voluntad del hombre del jersey rojo. Una y otra vez, cuando contemplaba su brutal demostración de poder,

recordaba la lección: un hombre con porra era un soberano, un amo al que obedecer, aunque no se estuviera de acuerdo. De esto último Buck nunca fue culpable, aunque había visto perros molidos a porrazos que se postraban ante el hombre, y besaban su mano mientras meneaban la cola. Incluso vio un perro, que no se había rebajado a obedecer, finalmente morir en la lucha por el dominio.

Constantemente llegaban hombres, extraños, que hablaban excitada, engatusadoramente, y de todas las maneras posibles con el hombre del jersey rojo. Y en aquellas ocasiones en que el dinero cambiaba de manos los extraños se llevaban consigo uno o más perros. Buck se preguntaba a dónde iban, porque nunca volvían; pero el miedo al futuro le dominaba, y se sentía feliz cada vez que no era elegido.

Hasta que finalmente llegó su hora, en la forma de un pequeño hombre de rostro arrugado que farfullaba groseras y extrañas expresiones en inglés que Buck no podía entender.

-¡Maldita sea! -gritó el hombre cuando sus ojos descendieron sobre Buck-. ¿Eso es un perro o un toro? ¿Cuánto?

-Trescientos, y te lo dejo *regalao* -fue la respuesta inmediata del hombre del jersey rojo-. Y asegúrate de que sea dinero contante y sonante, Perrault, no intentes joderme.

Perrault sonrió. Considerando que el precio de los perros estaba por las nubes debido a la demanda desproporcionada, no era una suma injusta por un animal de ese calibre. El Gobierno de Canadá no saldría perdiendo, ni sus envíos llegarían más tarde a destino. Perrault sabía de perros, y cuando miró a Buck supo que era uno entre un millón. «Uno entre millones», dijo para sí mismo.

Buck observó cómo el dinero pasaba del uno al otro, y no se sorprendió cuando el hombre de rostro arrugado se llevó consigo a Curly, una husky campechana, y a él. Esa fue la última vez que vio al hombre del jersey rojo. Desde la cubierta del *Narwhal* Curly y él vieron Seattle desaparecer en el horizonte, nunca volvería a ver las tierras cálidas del sur. Curly y él fueron llevados a la bodega por Perrault y entregados a un gigante de rostro oscuro y

atezado llamado François. Perrault era un francés de Canadá de piel morena; aunque François tenía el mismo origen, había otras influencias en su sangre y su rostro era el doble de tiznado. Eran un nuevo tipo de hombres para Buck (de los cuales estaba destinado a ver muchos más), y aunque no sentía ningún afecto por ellos, sí sabía que les debía respeto. Rápidamente aprendió que Perrault y François eran hombres justos, tranquilos e imparciales administrando justicia, y con callos en las manos en el trato con perros como para dejarse engañar por ellos.

En las bodegas del *Narwhal*, Buck y Curly se unieron a otros dos perros. Uno de ellos era grande y blanco como la nieve, procedía de Spitzbergen, un capitán de ballenero lo había llevado mar de viaje y después había acompañado a una expedición geológica tierra adentro. Tenía carácter amistoso, aunque traicionero, y te sonreía a la cara al tiempo que tramaba algún sucio truco, como por ejemplo cuando robó comida del plato de Buck durante su primer almuerzo juntos. Cuando Buck se abalanzó para castigarlo, el látigo de François sacudió el aire, alcanzando al culpable primero que él; y Buck tuvo que consolarse simplemente con el hueso recuperado. François había actuado con justicia, decidió, y el mestizo empezó a subir en su estima.

El otro perro no se acercaba a nadie, ni nadie se acercaba a él; tampoco hizo ningún intento por robar a los recién llegados. Era un tipo melancólico y taciturno y dejó bien claro a Curly que todo lo que quería era que le dejaran a solas, y más aún, que habría problemas si no lo dejaban en paz. Se llamaba Dave, se limitaba a comer, dormir y suspirar entremedias, no se interesaba por nada, ni siquiera cuando el *Narwhal* cruzó la fosa de Queen Charlotte y se agitó y saltó como si estuviera poseído. Cuando la excitación se apoderó de Buck y Curly, temerosos de que el barco naufragara, Dave se limitó a levantar la cabeza como molesto, dedicándoles una mirada indiferente, luego suspiró y se volvió a dormir.

Día y noche el barco avanzaba al incansable ritmo de la hélice, y aunque todos los días eran iguales, Buck no tenía ninguna duda de que el tiempo enfriaba. Finalmente, una mañana, la hélice se detuvo. A bordo del *Narwhal* se respiraba una atmósfera de excitación. La sintió, al igual que los

otros perros, y supo que se aproximaban cambios. François les puso la correa y los subió a cubierta. Con el primer paso sobre la fría superficie, los pies de Buck se hundieron en algo blanco y fangoso como el barro. Retrocedió con un gruñido. Aquella cosa blanca caía del cielo. Sacudió el cuerpo, pero la cosa siguió cayendo sobre él. La olisqueó con curiosidad, luego la chupó con la lengua. Parecía como fuego, luego desapareció. Esto le sorprendió. Probó de nuevo, con el mismo resultado. La gente lo miraba y se reía ruidosamente, y se sintió avergonzado sin saber por qué. Fue su primer contacto con la nieve.